

LA MUERTE AL ÇURUGIANO.

- LIV. Maestro muy sabio, callad, no temades,
que este camino de andar lo tenedes.
Guido, ni Bernardo, que vos estudiades,
ganar no pudieron esto que queredes.
Travadvos á mí: llegar, no temades,
no fallecerá quien cure la gente;
yo vos mostraré hazer buen unguente:
físico, llegad á mí é cantaredes.

EL FÍSICO Á LA MUERTE.

- LV. Mintióme sin duda el fin de Avicena
que me prometió muy luengo vivir,
rigéndome bien á yantar y cena,
dejando el beber despues del dormir.
Con tal esperança pensé conquerir
dineros, é plata, enfermos curando;
mas agora veo que me vá levando
la muerte consigo: conviéneme sufrir.

LA MUERTE AL FÍSICO.

- LVI. Pensastes vos, físico, que por Galieno,
é don Ypocrás con sus anforismos,
seriades librado de comer del feno,
que otros comieron de más silogismos.
No vos terná pro hacer gargarismos,
componer xaropes ni aun poner dieta;
si no lo oystes, yo soy la que aprieta:
venid vos, el cura, á mis exorzismos.

EL CURA Á LA MUERTE.

- LVII. No quiero exorzismos ni conjuraciones;
con mis perochianos quiero yr á holgar;
ellos me dan pollos, asaz de lechones,
é muchas obladas con el pie de altar.
Locura seria mis diezmos dexar,
é yr á tal juego de que no se parte;
pero á la fin no sé, por qual arte
desta dança horrible pudiesse escapar.

LA MUERTE AL CURA.

- LVIII. No es ya tiempo de yazer al sol,
con los feligreses, beviendo del vino:
yo vos mostraré un re, mi, fa, sol
que agora compuse de canto muy fino.
Tal como acaeze á vuestro vezino
ca ánimas muchas tovistes en gremio;
segun las registes, auredes el premio:
dance el labrador, que viene del molino.

EL LABRADOR Á LA MUERTE.

- LIX. ¡Oh, cómo conviene danzar al villano,
que nunca la mano quitó de la reja!
Busca si te plaze quien dance liviano,
ca yo so pesado; con otro trebeja.
Yo cómo tociro, é á veces oveja,
y es mi officio trabajo é afan,
arando las tierras para sembrar pan;
é aun no me plaze de aquesta conseja.

LA MUERTE AL LABRADOR.

- LX. Si vuestro trabajo fué siempre sin arte,
no haziendo surco en la tierra agena,
en la gloria eterna auredes parte,
é por lo contrario sofriredes pena.
Pero con todo esto poned la melena,
llegadvos á mí, yo la uñiré;
lo que á otros hago á vos lo haré:
venid, monje negro, tomar buena estrena.

EL MONJE Á LA MUERTE.

- LXI. Loor é alabança será para siempre
al alto Señor, que con piedad
me lieva á su reyno, adonde contemple
por siempre jamás la su majestad.
De cárcel obscura vengo á claridad,
do auré alegría, sin otra tristura:
por poco trabajo gané gran holgura:
muerte, no me espanto de tu fealdad.

LA MUERTE AL MONJE.

LXII. Si la sancta regla del monje bendito
guardastes del todo sin otro desseo,
sin duda tened, que soys escrito
en el libro de vida, segun que yo creo.
Pero si hezistes lo que á otros veo,
que andan apostatos fuera de la regla,
otra vida auredes que sea más negra:
dançad, usurero, dexad el correo.

EL USURERO Á LA MUERTE.

LXIII. No quiero dança, ni tu canto negro;
quiero, protestando, doblar mi moneda
con pocos dineros que me dió mi suegro;
otras obras hago que no hizo Beda.
Cada año los doblo: de más está queda
la prenda en mi caja que yaze por todo:
allego riquezas, yaziendo de codo;
por ende tu dança á mí ncn es leda.

LA MUERTE AL USURERO.

LXIV. Traydor usurero, de mala conciencia,
agora veredes lo que hazer suelo:
en fuego infernal sin más detenencia!
porné la vuestra ánima cubierta de duelo.
Allá moraredes do yaz vuestro abuelo,
que quiso usar, segun vos usastes:
por mala cobáicia mal siglo ganastes:
vos, frayle menor, venid al señuelo.

EL FRAYLE Á LA MUERTE.

LXV. Dançar no conviene á maestro famoso,
segua que yo soy en la religion,
magüer mendigante, bivo deleytoso,
é muchos dessean oyr mi sermon.
Dizesme agora que vaya á tu son,
do andar no querria si me das vagar.
¡Ay de mí, cuytado, que he á dexar
las honrras é grados, que quiera ó que no!

LA MUERTE AL FRAYLE.

LXVI. Maestro excellente, sutil é capaz,
que en todas las artes fuiste sabidor,
no vos acuytedes, limpiad vuestra faz,
ca passar avedes por este dolor.
Yo vos llevaré delante un doctor
que sabe las artes sin algun defeto;
sabredes leer por otro decreto:
portero de maça, venid al tenor.

EL PORTERO Á LA MUERTE.

LXVII. Ay del rey, varones; acorredme agora;
liévame sin grado está muerte brava:
no me guardé della, tomome adesora
á puerta del rey, que guardando estava.
Oy en este dia al conde esperava,
que me diesse algo por le dar la puerta;
guarde quien quisiere, ó finquese abierta,
ca ya la mi guarda no vale una hava.

LA MUERTE AL PORTERO.

LXVIII. Dexad essas bozes, legadvos corriendo,
no es ya tiempo de estar en la vela;
las vuestras baratas muy bien las entiendo,
é vuestra cobdicia por qué forma buela.
Cerrades la puerta de más quando yela
al hombre mezquino, que tier de librar:
lo que dél levastes aveys de pagar:
vos, hermitaño, salid de la celda.

EL HERMITAÑO Á LA MUERTE.

LXIX. La muerte recelo, magüer que soy viejo:
Señor Jesuchristo, á tí me encomiendo;
de los que te sirven tú eres espejo,
é pues te serví la tu gloria atiendo.
Sabes que sofrí lazeria biviendo
en este desierto en contemplacion,
de noche y de dia hazia oracion,
por más abstinencia las yerbas comiendo.

LA MUERTE AL HERMITAÑO.

LXX. Hazey's gran cordura llamar tal señor,
que con diligencia pugnastes servir:
si bien lo hezistes, áuredes honor,
en el sancto reyno do aveys á bivar.
Mas con todo esso avredes de yr
en esta mi dança, con vuestra barvaça:
á buenos y malos matar es mi caça:
dançad, contador, despues de dormir.

EL CONTADOR Á LA MUERTE.

LXXI. ¿Quién podria pensar, que tan sin de gasto,
avia de dexar mi contadoria?
Llegué á la muerte é vi el desbarato
que haze en los buenos con gran osadia.
Allí perdí luego toda mi valis,
averes, joyas, é mi gran poder:
haga libertades de hoy más quien quisier,
ca cercan dolores el ánima mia.

LA MUERTE AL CONTADOR.

LXXII. Contador amigo, si bien vos catades,
como por favor, é á vezes por don,
librastes las cartas, razon es que ayades
dolor, y quebrarxo por tal ocasion.
Cuento de algarismo, ni su division,
no vos terná pro, yredes conmigo:
andad acá luego, assi vos lo digo:
é vos, el diácono, venid á licion.

EL DIÁCONO Á LA MUERTE.

LXXIII. No veo que tienes gesto de letor,
tú que me combidas que vaya á leer,
ni hay en Salamanca maestro, ni doctor
que tal forma tenga, ni tal parecer.
Bien sé que con arte me quieres hazer
que vaya á la danza para me matar.
Si esto assi es, venga administrar
otro en mi nombre, ca voyme á perder.

LA MUERTE AL DIÁCONO.

LXXIV. Maravillome mucho de vos, clerizon,
pues que bien sabedes que es mi dotrina
á todos matar por justa razon,
é vos esquivades oir mi bozina.
Yo vestiré almática fina,
labrada de pano, en que ministredes:
hasta que vos llame en ella yredes:
el recabdador venga á danzar ayna.

EL RECADADOR Á LA MUERTE.

LXXV. Asaz hé que haga, en recabdar
lo que por el rey me fué comendado;
por ende no puedo, ni quiero dançar
en esa tu dança, que no he acostumbrado.
Mas quiero ir por ver si hay recabdo
de unos dineros que me han prometido
porque esperase: el plazo es venido,
mas veo el camino de todo cerrado.

LA MUERTE AL RECADADOR.

LXXVI. Andad acá luego sin más detardar,
pagar los coechos que avedes levado,
pues que vuestra vida fué siempre tratar
cómo robariades al hombre cuytado.
Darvos he un poyo en que esteys asentado,
cogiendo las rentas, que tenga dos passos,
allá dareis cuenta de vuestros trapassos:
venid, subdiácono, alegre é holgado.

EL SUBDIÁCONO Á LA MUERTE.

LXXVII. No he menester de ir á trotar,
como hacen esos que traes dançando:
antes de evangelio me quiero ordenar,
estas quatro témporas que se van llegando.
En lugar de canto veo que llorando
andan todos esos que traes contigo:
no quiero tu danza, así te lo digo,
más quiero pasar el salterio rezando.

LA MUERTE AL SUBDIÁCONO.

LXXVIII. Mucho es supérfluo el vuestro alegar,
 por ende dexad aquestos sermones;
 no tomeis maña de andar á burlar,
 ni comer oblas cerca los tizonos.
 No yredes más en las procesiones,
 do dávades voces muy alto en grito,
 como en noviembre haze el cabrito:
 venid, sacristan, dexad las razones.

EL SACRISTAN Á LA MUERTE.

LXXIX. Muerte, yo te ruego que ayas piedad
 de mí, que soy moço y de pocos días;
 no conocí á Dios con mi mocedad,
 ni quise tomar, ni seguir sus vías.
 Fia de mí agora como de otros fias:
 porque satisfaga del mal que he hecho,
 á tí no se pierde jamás tu derecho;
 contigo yré siempre si tú por mí embias.

LA MUERTE AL SACRISTAN.

LXXX. Don sacristanejo de mala picaña,
 no es ya tiempo de saltar paredes,
 ni de andar de noche con los de la caña,
 haciendo las obras que vos bien sabedes.
 Andar é ruar vos ya no podedes
 ni presentar joyas á vuestra señora:
 si bien vos querría, librevos agora:
 venid vos, rabi, acá y medraredes.

EL RABÍ Á LA MUERTE.

LXXXI. O elsym é Dio de Abraam,
 que me prometiste de aver redencion,
 no sé qué me haga con este çatan
 que manda que dance é no entiendo su son.
 No hay en el mundo oy hombre, de quantos son,
 que pueda huyr de su mandamiento;
 valedme, dayanes, que mi entendimiento
 se pierde del todo con gran afficion.

LA MUERTE AL RABÍ.

LXXXII. Vos, rabi baruc, que siempre estudiastes
 en el Talmud y en los sus doctores,
 y de la verdad jamás no curastes,
 por lo qual avredes penas é dolores;
 llegad vos acá con los danzadores,
 direys por cantar vuestro barahá;
 dar vos han posada con rabi Açá:
 venid, alfaquí, dexad los olores.

EL ALFAQUÍ Á LA MUERTE.

LXXXIII. Si Aláh me vala, es muy fuerte cosa
 esta que mandas agora hazer:
 yo tengo muger discreta, é graciosa,
 con que he gasajado, é asaz plazer.
 Todo cuanto tengo quiero lo perder:
 déxame con ella solamente estar:
 despues que fuere viejo, mándame llamar,
 y á ella conmigo, si á tí te pluguier.

LA MUERTE AL ALFAQUÍ.

LXXXIV. Venid vos conmigo, dexad el ballar;
 en ojo me he, más no predicaredes,
 á los veinte é siete vuestro capellar,
 ni vuestro camis, no lo vestiredes.
 A coça ni layla no estaredes,
 comiendo buñuelos, fadas, ni altaría:
 busque otro alfaquí vuestra muería:
 passad vos, santero, é veré qué diredes.

EL SANTERO Á LA MUERTE.

LXXXV. Por cierto más quiero mi hermita servir
 que no yr allá donde tú me dizes:
 traygo buena vida, aunque ando á pedir,
 é cómo á las vezes pollos é perdizes.
 Sé tomar al tiempo muy bien codornices,
 y tengo en mi huerta asaz de repollos:
 vete, que no quiero yo gato con pollos;
 á Dios me encomiendo é á señor San Helizes.

LA MUERTE AL SANTERO.

LXXXVI. No vos vale nada vuestro roncear;
 andad acá luego vos, don taleguero,
 pues nunca quesistes la hermita adobar
 y hezistes alcuza de vuestro garguero.
 No vesitárades la boca del cuero,
 con que á menudo soliades beber;
 çurron ni talega no podeis traer,
 ni pedir gallofas como de primero.

EL JUEZ Á LA MUERTE.

LXXXVII. Yo no temo ni devo temerte,
 porque so justicia y so soberano,
 ni yo no te temo para conocerte;
 si tú eres ufana, yo so el ufano.
 Y todo lo tengo debaxo mi mano,
 é no te temo más que á una paja,
 é no te entiendo dar la ventaja:
 bástete, muerte, que esté por tu hermano.

LA MUERTE AL JUEZ.

LXXXVIII. Venid vos, alcalde, alguazil é teniente,
 dexaos conmigo de platicar:
 vos, corregidor, é vos, asistente,
 entrad, que os lo mando, venid á dançar.
 No os cureys, ladrones, de más robar
 con vuestras may claras y puras malicias,
 pues que robastes en son de justicias;
 por este tal año os entiendo matar.

EL ESCRIBANO Á LA MUERTE.

LXXXIX. Estó yo cansado contino escribiendo,
 en pleytos é causas tomando testigos;
 yo no mirando, mi mal no sintiendo;
 ve que me llamas con otros amigos.
 Estó yo mirando á estos enemigos
 que ante tí me están acusando;
 sufre te, muerte, que estó esperando
 quanto yo coma siquiera dos higos.

LA MUERTE AL ESCRIBANO.

XC. No puedo esperar por lo que heziste
 mentiras é causas en tus escrituras,
 porque en lo demás de quanto escriviste
 no pones verdades, mas todo figuras.
 Por esto traerás tú é tus vestiduras
 horladas de cierto non dezir verdades,
 en quanto hazias todo falsedades,
 robando, adquiriendo con mentiras puras.

EL PROCURADOR Á LA MUERTE.

XCI. Estó procurando, quiero procurar
 mis pleytos, libelos é abogaciones;
 yo no querria ver tu dançar,
 ni menos mirarte ni ver tus razones.
 Déxame, amiga, de tus questões.
 andar de contino aqui procurando:
 para yr contigo dirásme tú el cuándo;
 véte, cruel, de falsas faciones.

LA MUERTE AL PROCURADOR.

XCII. Harto has bivido aqui baratando,
 contino adquiriendo dineros que tiras,
 á unos mintiendo, á otros robando,
 tú de lo cierto haziendo mentiras.
 Por esso agora mis flechas é viras
 quiero tirarte, que es mucha razon:
 partiré por medio el tu coraçon;
 allí cessarán todas las sus yras.

EL CAMBLADOR Á LA MUERTE.

XCIII. ¡O si quisieses dexarme cambiar,
 estar en mis tratos é mercadurias
 é de una blanca enrique tornar,
 é no me llevasse tu gran señoría!
 Cierto sé, muerte, que mucho querria
 holgar en mi cambio con los mis dineros,
 é que yo no viesse tus leyes é fueros,
 costassenme agora quanto yo tenia.



LA MUERTE AL CAMBIADOR.

XCV. ¡O falso enemigo, cruel é traidor,
ó enemigo tú eres de Dios,
no sabes que engañas tu baratador,
haziendo de un grano tú quatro é no dos!
Robas la gente claro entre nos
en dar de menos cierto en la cuenta;
por esso tu amigo recibe el afrenta,
pues sabes hazer de un enrique dos.

EL PLATERO Á LA MUERTE.

XCV. ¡O terrible muerte, cruel, espantosa!
¡o hazedora de bienes é daños!
bien creo, bien siento ser poderosa;
mírame tú, que no he veynte é dos años.
É tampoco los dias no son tamaños,
que yo no merezco tan ayna morir:
déxame, muerte, siquiera bivar
donde no te vea, entre los extraños.

LA MUERTE AL PLATERO.

XCVI. ¡O buen maestro é mal obrador
de joyas, manillas, é algunas cadenas!
tú que abaxas el oro en valor,
escucha, rescibe en pago las penas.
Bien sé que tus obras, y aun las ajenas,
qui cierto del todo, tales falsaste;
porque de su ley el oro abaxaste,
yo te desfaré tu cuerpo é tus venas.

EL BÓTICARIO Á LA MUERTE.

XCVII. Vete, amiga, y vete en buenora,
que soy boticario en la medicina,
é tú no me pienses llevar á desora,
por mucho que pienses venir muy ayna.
Tengo el saber por donde encamina
de tí defenderme, é no llevarme:
cierto sé, muerte, que no has de matarme
hasta que quiera la Persona Trina.

LA MUERTE AL BÓTICARIO.

XCVIII. Aunque ayas leydo al Ypocrás
é hagas xarope é purga malina,
é Galieno no se quede atrás,
por esto te entiendo llevar más ayna.
Por eso tambien, persona mezquina,
á darme la cuenta de cuanto robaste,
é como xarope purgas ordenaste,
porque tu mal á esto se empina.

EL SASTRE Á LA MUERTE.

XCIX. Déxame, muerte, que á todos estados
llevas tú cierto, é ninguno dexas,
cortar yo velartes, menines, brocados
é fina marta con granas y seda.
Pues que de todo no se devida,
quien no quisiere conmigo vestir,
déxame, muerte, un poco bivar,
siquiera dos oras por donde no hieda.

LA MUERTE AL SASTRE.

C. Amigo escogido xastre, oficial,
si tú todos esos paños cortaste,
has de dar cuenta de todo lo al,
de quanto has robado é cierto hurtaste.
Y de verdad mentira cierto tornaste
con tu plática é falsas razones,
hurtando de quinze los cinco girones
del sayo brocado, que cierto tomaste.

EL MARINERO Á LA MUERTE.

CI. Yo de contino ando por la mar
si navegando con pura tormenta,
buscando la vida sin nadie engañar,
andando mi vida en sobre venta.
Nó tomo alquileres, ni prados, ni renta,
para engañar yo mi conciencia;
por esso tú, muerte, dame licencia,
que no te espero de darte más cuenta.

LA MUERTE AL MARINERO.

CII. Escucha, escucha con tus razones
 aquellos reniegos, que cierto dexiste,
 quando del mástel tú talabordones
 hazias con tormenta, á Dios offendiste.
 Por esso, enemigo, por lo que heziste
 te quiero conmigo cierto llevar;
 quitarte de aqueste triste navegar,
 porque tú veas lo que mereciste.

EL TAVERNERO Á LA MUERTE.

CIII. Déxame, muerte, pasando mi vicio,
 que merco é revendo é soy limosnero,
 pues que yo hago limpio mi officio,
 é al pobre yo cierto no llevo dinero.
 É claro se vee, cierto por entero,
 que hago mill bienes é ningun daño:
 por esto te ruego me dexes ogaño,
 pues que tú sabes que so verdadero.

LA MUERTE AL TAVERNERO.

CIV. Traydor, lisonjero, falso, mezquino
 é robador de bienes agenos,
 tú que tornastes del agua vino,
 hinchendo los cueros de vazios llenos,
 é otros potajes é otros rellenos,
 que tú vendiste al doble del precio,
 anda, don villano, acá para necio,
 anda con los ruynes é no con los buenos.

EL MESONERO Á LA MUERTE.

CV. Yo soy en esta villa é soy portazguero;
 este derecho tengo por officio,
 é so yo cierto tambien mesonero,
 por donde yo hago á Dios gran servicio.
 Por ende no tengo ningun maleficio
 por donde te devo cierto temer:
 anda acá, muerte, si quieres beber,
 que á muchos yo hago este beneficio.

LA MUERTE AL MESONERO.

CVI. Bien sé que tienes esos dos officios;
 dellos no hazes porfia reta;
 yo sé tus obras é maleficios
 de aquel que robaste la su barjuleta.
 Por eso te mando te pongas en dieta,
 porque no te entiendo más esperar:
 comiñcate, amigo, de confessar,
 porque la tu obra no fué perfeta.

EL ÇAPATERO Á LA MUERTE.

CVII. De tu dança, señora, cierto me excuso,
 yo claramente me puedo excusar,
 é tengo razon, por donde rehuso
 de no querer verte ni tu dançar.
 Uso mi officio: sin nada enseñar,
 yo no usurpo, ni hago baratos;
 antes vendiendo mis pobres çapatos,
 por do mi pobreza pueda remediar.

LA MUERTE AL ÇAPATERO.

CVIII. Bien siento, bien veo é te quiero ver
 á tí é á tu obra, la cual no es muy sana;
 ó, çapatero, no me hagas creer
 que tú no vendiste cordovan y es badana.
 Por esso tu alma no será sana,
 porque tú obraste tal obra al revés:
 dígotte cierto yrás esta vez
 adonde bive tu prima y hermana.

EL BORCEGUINERO Á LA MUERTE.

CIX. Nunca yo, muerte, tan crudo sentí.
 ¡Oh, cómo vienes cruel con tus llamas!
 Dime, tuerta, si llamas á mí,
 ó dime, traydora, cierto si á mí llamas.
 Bien se parece que tú no me amas,
 porque soy bueno, claro por entero,
 é soy en mi officio limpio é verdadero,
 sin otras cautelas, ni vicios, ni famas.

LA MUERTE AL BORCEGUINERO.

CX. Estate seguro con tu presumpcion
 é nescia porfia é más desonesta;
 es tu oficio de tal condicion
 que tú tienes (siempre) la mentira presta.
 E porque te mires cómo va siniestra
 con dientes é fuerza es tu calçar,
 é duran seys dias á todo durar:
 mira tu dezir cómo se demuestra.

EL TAMBORINO Á LA MUERTE.

CXI. Tú no me llames, que estoy yo tañiendo
 alta joyasa, tambien Englatierra:
 no pienses tú, muerte, que vivo muriendo;
 ni á tí no te temo, ni me hazes guerra;
 mas dígotte cierto que otro me atierra,
 que no el pensamiento de á tí mirar;
 por esso te digo no quieras forçar
 ni más tú llamarme, que cierto se yerra.

LA MUERTE AL TAMBORINO.

CXII. Oh, falso, tú, triste y loco roncero,
 que tú vives vida é no con afan,
 de cuerdo tú, loco, eres chocarrero,
 de sábio discreto te heziste truhan.
 Por eso te llamo aquí sin afan,
 que muestres agora aquí tu saber,
 é ante todos comiença á tañer:
 é tras vos venga el atahonero.

EL ATAHONERO Á LA MUERTE.

CXIII. La muerte me lleva consigo priado
 y en triste cancion dolorosa se entona;
 dexar no me quiere en el atahona,
 moler el trigo que tengo tomado.
 De las panaderas estava ahuziado;
 véome cercado de gente maligna,
 pues no me dexan moler la harina:
 Dios me quite de tanto cuydado.

LA MUERTE AL ATAHONERO.

CXIV. Atahonero, si soys avisado
 ya no podeys más moler harina,
 pues quebrantastes la sancta doctrina,
 que Jesuchristo ovo mandado.
 El dia del domingo aveys quebrantado
 antes quel sol se fuesse á poner;
 venid á mi dança sin vos detener,
 é tras vos venga el ciego [lisiado].

EL CIEGO Á LA MUERTE.

CXV. Que le conviene al ciego dançar,
 pues que lo tiene bien excusado,
 pues Dios de la vista lo hizo privado
 en tal que del mundo no pudo gozar.
 En tu esquivada dança me quieres levar
 deste presente siglo mundano:
 adios, buena gente, que Rey Soberano
 me dize que vaya ante él cuenta dar.

LA MUERTE AL CIEGO.

CXVI. Ciego, si fuystes en el vuestro estado
 homilde, sufrido é de buena paciencia,
 é requeristes vuestra consciencia
 de hacer aquello que soys encargado;
 sereys en la gloria de Dios colocado,
 en el número sancto de los confesores,
 con los pregones, (sic) de Dios amadores:
 salid, panadera, con gesto pagado.

LA PANADERA Á LA MUERTE.

CXVII. ¡Oh triste de mí! á Dios encargada!
 la muerte en llevarme no hace bien,
 que yo éstava avenida con el almotacen,
 que siempre la pena me oviesse soltada.
 Traya mi bolsa de contino poblada,
 hacia grande daño en la comunidad:
 válame Dios por su piedad;
 mas no puede ser, que vo condenada.

LA MUERTE Á LA PANADERA.

CXVIII. Si vos, panadera, fuistes apartada
por vuestra gran culpa de Dios poderoso,
y reys al infierno triste, temeroso,
donde la justicia de Dios es mentada.
Nunca sereys de Dios perdonada:
quando alguna gran fiesta venia
pujavades el pan sin aver carestia:
salid, rosquillera, que estays aquexada.

LA ROSQUILLERA Á LA MUERTE.

CXIX. La muerte ravisosa, mezuquina, cuytada
me quiere llevar en divina manzilla;
dexar no me quiere acabar la rosquilla
que para una boda tenia començada,
de pan rallado era bien abastada:
perdoneme el alto Dios sin medida;
mas veo la pena triste, dolorida,
que para siempre me está aparejada.

LA MUERTE Á LA ROSQUILLERA.

CXX. Si soys algun tanto mal avisada,
venid á mi dança sin vos detener,
que yo so la muerte, que os haré conocer
cómo traeys la gente engañada.
Nunca sereys con Dios colocada
echando el alfaxor con la mala miel:
venid á mi dança, sin vos detener:
vos, don melcochero, á la dança ordenada.

EL MELCOCHERO Á LA MUERTE.

CXXI. ¡Oh triste de mí é de mis burletas,
que con mis perillos traer solia!
La muerte me llama con gran osadia,
tañer no me dexa las cañaveretas.
Ya no me dexa hazer castañetas
con los sesenta y tres corredores,
de lo que eran muchos renegadores
quando vazian sus barjuletas.

LA MUERTE AL MELCOCHERO.

CXXII. Si vos, melcochero, teneys gran dinero,
mal ganado en el mundo,
venid ante el alto Dios muy profundo,
el qual padeció en la cruz de madero;
que ya no podeis jugar el tablero
ni dezir chistes ni menos canciones;
venid á la dança, dexad los bastones:
tras vos venga luego el sotil bordonero.

EL BORDONERO Á LA MUERTE.

CXXIII. Pues que me llevas, muerte, en tu via,
dêxame un poco satisfazer
la carne, que ví quando yua á comer
en boda ó mortorio ó qualquier cofradia.
Yo apañava quanto podia,
carne ó pescado, ó lo que en los platos estava,
en mi corocha dentro lo echava:
válame Dios é sancta Maria.

LA MUERTE AL BORDONERO.

CXXIV. Si vos, bordonero, mucha malicia
en el mundo sopistes, no vos valdrá
todo quanto hezistes [ni aprovechará]
la vuestra cobdicia de allegar dinero.
Ouistes embidia al vuestro compañero
quando limosnas le viades dar;
segun lo hezistes avreys de pagar:
venid vos, corredor, á la dança ligero.

EL CORREDOR Á LA MUERTE.

CXXV. Yo bien me estava aquí trabajando,
haciendo vender á unos é á otros,
las casas, é viñas, é mulas, é potros,
é con lisonjas biviendo holgando.
Folgando en las gradas por do passéando
bivo yo, muerte, y dêxame estar;
mas veo que ya no puedo apelar;
cúmplase triste lo que andas buscando,

LA MUERTE AL CORREDOR.

CXXVI. Pues que con engaños bavis, corredor,
 entrad en el bayle, direys la *tantarya*;
 yo vos haré el son, no como contraria,
 é vos cantareys: «¡Ay! penas de amor,
 que mal han herido en quien fué robador»;
 é luego dareys una gran zapateta:
 dadme la mano, persona imperfeta:
 é luego, especiero, dançad por mi amor.

EL ESPECIERO Á LA MUERTE.

CXXVII. Es buena mi vida, vendiendo cominos,
 canela, mostaza, seguh especiero,
 dando lo falso por muy verdadero;
 assí entre la gente yo bivo contino.
 Por ende no quiero seguir tu camino:
 ruégote, muerte, mi dança se excuse;
 mas no aprovecha que yo me rehuse,
 porque, cuytado, ya yo desatino.

LA MUERTE AL ESPECIERO.

CXXVIII. Entrad en la dança, dareys el confite
 á todos aquestos que llevo conmigo;
 por tus especias holgara contigo,
 si acá las traxeras fueras más ardite.
 Seco te vienes; dirás que al requite
 contigo juego el mal mundo triste,
 pues que conmigo vas como naciste:
 vos, don carnicero, venid al combite.

EL CARNICERO Á LA MUERTE.

CXXIX. Bien me esto yo en este tajon,
 cortando los huesos, é la calahorra;
 y la res vendiendo con mi navajon;
 desuello la res que murió de modorra.
 Véndolo todo, é por mal que yo corra
 no queda oreja sin serme vendida:
 dexárasme, muerte, bivar la tal vida;
 mas ya está herido con tu cruda engorra.

LA MUERTE AL CARNICERO.

CXXX. Á la fé, amigo, venid á la dança
 é dad una buelta si soys trepador,
 é luego tañed como buen tañedor:
 «Mi mal é fatiga será sin holgança».
 É más cantareys: «¡Oh vana esperança!
 ¡oh mundo cuytado de poco provecho!»
 Dadme la mano é sereys satisfecho:
 é vos, pescadera, entrad en la dança.

LA PESCADERA Á LA MUERTE.

CXXXI. Cuytada, qué bien me sabia valer,
 aunque muger, vendiendo pescado,
 dando mal peso é muy peor mercado:
 ¡ay triste! mis males no puedo esconder.
 Mas muerte, señora, si podeys hacer
 que este camino yo no lo siga;
 mas dasme ya, muerte, tanta fatiga,
 que es fuerça forçada yr yo en tu poder.

LA MUERTE Á LA PESCADERA.

CXXXII. Á la fé, hermana, que Dios te mantenga;
 quiero hazerte son á tu dança,
 y ponte al pescueço tu falsa balança,
 no quiero aver de tí más arenga.
 Tu vida muy falsa ya no se sostenga
 pescado vendiendo, dando mal pego,
 dando en la balança porque vaya luego;
 é ven, pagarás segun te convenga.

LA MUERTE Á TODOS LOS OTROS QUE AQUI NO HA NOMBRADO.

CXXXIII. Á todos los otros que aquí no he nombrado,
 de qualquier estado, ley ó condicion,
 les mando que vengan muy toste privado,
 á entrar en mi dança sin excusacion.
 No recibiré jamás excepcion
 perentoria, anormal, ni declinatoria:
 los que bien hizieren avrán siempre gloria,
 y los que lo contrario avrán damnacion.

CONSEJO.

CXXXIV. Pues que assí es, á morir avemos
de necesidad, sin otro remedio,
de puras conciencias todos trabajemos
en servir á Dios sin otro comedio;
ca es el fin, comienzo y el medio
por do si le plaze avremos folgança,
magüer que la muerte nos lleve en su dança,
tirando de nos rencor malo y tédio.

CXXXV. Señores, pugnad hazer buenas obras,
no vos ensuziedes en altos estados,
ca no vos valdrán ya hezes ni doblas,
á la muerte que tiene sus lazos parados.
Gemid vuestras culpas, dezid los pecados
en quanto pudiéredes con satisfacion,
si aver queredes cumplido perdon
de aquel que perdona los yerros passados.

FIN.

CXXXVI. Los que en la dança han dançado (sic),
miren que este mundo es vanidad,
é sirvan á Dios, que es Trinidad,
pues en la cruz por nos padesció.
Haziendo limosnas é siempre ayunando,
amando al próximo con buen coraçon,
confesando sus pecados con gran contricion,
yrán á la gloria que los está esperando.

Á DIOS GRACIAS.

Ympressa en la muy noble é muy leal cibdad de Sevilla por Juan Va-
rela de Salamanca á xx días del mes de enero de M.ccccc.xx años.

II.^a

SOBRE LA ELOCUENCIA SAGRADA

EN EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

Como indicamos oportunamente, al caracterizar la elocuencia sagrada en los últimos días del siglo XV y primeros del XVI, no han llegado á nuestras manos ninguna de las oraciones (sermones) pronunciadas, ya en el púlpito, ya en los atrios de los templos, ya en las plazas públicas, por el virtuoso y evangélico varon Fr. Hernando de Talavera. Cónstanos sin embargo, segun saben ya los lectores, que escribió *en el materno lenguaje* buena parte de estos sermones, para que los que no podian oir su palabra gozasen de su doctrina; circunstancia que hace todavia más sensible la referida pérdida.

Noticiosos no obstante de que existia en poder del entendido catedrático de la universidad de Sevilla, don José María de Álava, nuestro antiguo amigo, un precioso manuscrito de las oraciones debidas á Hernando de Talavera antes de ser promovido al episcopado, no vacilamos en solicitar de su ilustracion que nos facilitase el exámen del referido códice. Á su benevolencia pues somos deudores de esta fineza literaria, pudiendo manifestar á nuestros lectores que el manuscrito de la librería del señor Álava ofrece ciertos caractéres de originalidad, los cuales acrecientan su estima. Es en efecto un grueso volúmen, de letra de principios del siglo XVI, donde sobre abundar por extremo las abreviaturas, se ven las márgenes cargadas de enmiendas, y aun adiciones (que hemos recogido entre paréntesis en el sermón que á continuacion ofrecemos), todo lo cual parece persuadir de que, si no fué escrito por el mismo Talavera, de quien ya sabemos que se ejercitó durante su juventud en la